

**RESUMEN:** *¿Qué hacer con las universidades?*<sup>1</sup> de Alain Renaut.

Por José Casco

Desde el título mismo del trabajo el autor sugiere de modo consistente la necesidad de un cambio. Asume entonces, la dimensión de crisis actual de la universidad francesa.

En ese sentido, el ensayo avanza en dirección a construir otra filosofía política de la universidad. Donde además de coincidir producción y transmisión de conocimiento la universidad tenga como preocupación esencial la inserción de los saberes dentro de la propia época. Para ello es necesario que más allá de la formación de los futuros sabios la universidad contemple un proceso más complejo por el que el saber se convierta en cultura. Dado que ese es el servicio más importante que ella puede hacer al saber. A pesar de que estas preguntas están inscriptas en una larga tradición de filósofos, Renaut advierte no sin asombro el silencio que en los últimos treinta años estos han mantenido sobre la universidad. Esta intervención se hace más acuciante, según Renaut, si se tiene en cuenta que las filosofías que habían acompañado y guiado las transformaciones de la universidad (el idealismo a principios del siglo XIX en Alemania y el positivismo al final del siglo XX en Francia) ya no pueden dar respuestas a las perturbaciones contemporáneas. Así, el interrogante que guía la reflexión se asienta sobre cuál podría ser la filosofía de la universidad contemporánea que al mismo tiempo sea una filosofía contemporánea de la universidad.

De este modo la indagación se centrará fundamentalmente en encontrar los modos en que sea posible que la universidad francesa pueda insertarse mejor socialmente. Para ello el autor comienza caracterizando a la crisis. Esta se origina por el encuentro entre la dinámica global de la modernidad democrática y la trayectoria propia de una institución tributaria del mundo medieval, con sus tradiciones y jerarquías. Ese pasado medieval y los cuestionamientos constantes sobre su capacidad de modernización están en la base de sus reflexiones. Se trata dice Renaut, de reestructurar su modo de funcionamiento y también sus finalidades sin traicionar los valores que hacen a la relación de unos con otros y definen nuestras condiciones humanas de existencia. Se trata en suma de resolver con formulas inéditas las tensiones creadas entre una institución que tiene prácticas que vienen de la antigüedad y la dinámica global de la modernidad democrática. Para hablar de esa crisis, tres series de datos son indispensables para su caracterización: estos conciernen a factores de orden institucional, demográfico y económico-político. En el primer orden es determinante que a diferencia a de lo que sucede en todos los otros países de fuerte tradición académica, no hay coincidencia aquí, entre la alta enseñanza y las universidades.

El primer criterio por el que un establecimiento francés de enseñanza superior es universitario resulta un criterio puramente negativo: reside en la ausencia de selección para el ingreso a este establecimiento, en un país donde las universidades constituyen por mucho la parte más grande de la enseñanza superior.

La universidad francesa es también en los hechos una universidad abierta. En lo que concierne a la demografía universitaria desde los años 30', ha multiplicado el número de los estudiantes por cinco cada treinta años. Pero el problema mayor se concentra, en los primeros ciclos, y más particularmente en los primeros ciclos de letras y de ciencias humanas. El 30% del presupuesto de la enseñanza superior está destinado a una población, la de las grandes escuelas y de sus clases preparatorias, que no supera

---

<sup>1</sup> Renaut, Alain (2002) *Que faire des universités?* , Boyard, París.

el 3% del número total de los estudiantes. En Francia, desde hace unos cuarenta años, un profesor titular no dispone de verdaderos asistentes y no puede incorporar a ningún colaborador de modo directo. Estos datos forman el armazón de la crisis.

Por último, el autor señala que no hay en Francia universidades en el sentido en que ellas existen en las otras sociedades democráticas, que las identifican como los lugares insustituibles donde los saberes se transmiten y se transforman, y donde se forma a los estudiantes en las más altas exigencias intelectuales y éticas de estos saberes.

Ya en otro apartado y buscando rastrear cuál fue el sentido de la universidad, afirma que en sus orígenes, la institución académica surgió con la intención de afrontar el desafío de combinar principalmente tres funciones. En primer lugar, Formar para el saber y, más precisamente, para el saber de alto nivel. La formación para el saber de alto nivel ha sido concebida desde el siglo XIII, en efecto, como inseparable de la formación del saber mismo. En segundo lugar, la transmisión y la producción del saber no podían ser disociadas y los universitarios debían contribuir, entonces, a producir el saber que inculcaban a sus estudiantes. Una tercera función fue concebida, desde el inicio, como el producto natural de la combinación de las otras dos. Esto es que la corporación universitaria debe hacer posible el reclutamiento de las elites a partir de su público. Nada de esto sucede en Francia, dice Renaut. Porque a diferencia del caso Alemán que puso en marcha a fines del siglo XVIII, un sistema de reformas, cuando se visualizó un ostensible fracaso de la universidad medieval, Francia, en cambio, administró de manera completamente diferente una crisis de la que puede considerarse que, por esta razón, nunca salió. En efecto, y al calor de la revolución, La Convención cerró a las universidades, en Alemania en cambio fueron creadas las "escuelas especiales" y las "escuelas superiores profesionales", más directamente orientadas hacia la práctica y hacia las técnicas útiles. Al mismo tiempo en 1809, la apertura de la Universidad de Berlín, concebida y llevada a cabo por Wilhelm von Humboldt, fue la respuesta modernizante que sugirió ese país. Aquí surgió la idea que consistió en confiar a la universidad la esfera del saber puro, la investigación de la verdad, pero incluyendo sin embargo la perspectiva "práctica" a través de la convicción según la cual "el saber forma".

Francia por el contrario, dio como solución a la crisis la creación de las escuelas especiales que hicieron posible el reclutamiento de las elites, junto a la renovación y fundación de las disciplinas modernas en su seno, alejadas de la universidad.

Pero en la actualidad señala Renaut, estamos frente a un nuevo desafío puesto que, la reflexión de los filósofos del idealismo alemán se encontraba anclada en la convicción de que la ciencia pura, considerada y practicada independientemente de sus eventuales aplicaciones, poseía una función formadora. Esta convicción se ha vuelto caduca por la evolución de las disciplinas técnicas y de las competencias tecnológicas. Por esta razón, es de suma importancia construir un modelo diferente de organización y de funcionamiento de la enseñanza superior, a partir de una concepción renovada de las funciones de la universidad.

Este reclamo del autor, se vuelve más acuciante puesto que, no parece que por sí mismo, el saber surgido de las racionalidades tecnológicas sea formador, en el sentido de esa formación para la libertad y para la crítica, situada por Humboldt en su reforma del siglo anterior, como prolongación del acceso a los antiguos saberes. Esta carencia sería, al menos, particularmente sensible en todos estos sectores de la actividad social donde no se trata sencillamente de dominar técnicamente el mundo, sino de dar muestras de esa autonomía y de esa capacidad crítica que es el sello de una "voluntad democrática".

Así, Renaut destaca que por un lado, conviene reactivar, la idea de que la universidad tiene que brindar un tipo de formación específica, diferente de aquella que imparten las escuelas profesionales. Una "ciencia capaz de reflexionar sobre sí misma", una ciencia capaz de aportarle a todo saber esa mirada sobre sí mismo, ese "saber del saber" gracias al cual el poseedor de una competencia especializada puede tomar suficiente distancia respecto de los resultados científicamente alcanzados, para preguntarse por su finalidad o sus implicaciones sociales y políticas. De ahí que para Renaut el fin de la universidad en la crisis actual sea, en el marco de transformaciones profundas, pensar la situación de las universidades e interrogarse sobre sus funciones posibles a partir de esta coexistencia con las escuelas, afrontando los múltiples problemas que esta coexistencia plantea a la enseñanza y a la investigación universitaria.

En este sentido, es al menos deseable, si se piensa en una política de profesionalización, que se atienda el pedido reiterado de las empresas, suplicando que la universidad les suministre colaboradores con una formación bastante sólida y abierta para permitirles muchas adaptaciones a situaciones nuevas e imprevisibles.

La enseñanza superior se convertiría, de este modo, en un complemento de la cultura general sin finalidad profesional explícita, algo equivalente a lo que eran los liceos de 1920.

Pero desde esta perspectiva, esta apreciación debe ser precisada, debido a que sería insensato, evidentemente, si se aplicara indiferentemente a todas las carreras y a todos los ciclos universitarios. Aquí es donde la atención se dirige de forma preferente a las ciencias sociales y las humanidades.

En cuanto al problema de la democratización o la masividad, a contrapelo de las orientaciones actuales, Renaut, lejos de estimar que las dificultades actuales vendrían de que demasiados estudiantes se inscriben en una enseñanza excesivamente general e insuficientemente profesionalizada, afirma que se trataría, por el contrario, de tomar acto de la demanda de formación general complementaria, a menudo sin exigencia de rentabilidad profesional directa, que esta orientación manifiesta.

Así, el autor apunta a una reorganización de los primeros ciclos centrándolos en torno a la adquisición de una formación general complementaria. Ciertamente, no una formación general totalmente indeterminada, sino una formación sobre la cual, en cada sector, los especialistas del dominio podrían estar de acuerdo en estimar, si se les pregunta, como constitutivo de la cultura general de la disciplina hacia la que un estudiante elige orientarse.

Nada impide constituir, en cada disciplina, una comisión de especialistas encargada de construir las grandes líneas de esta cultura general de la disciplina contra la profesionalización de los primeros ciclos, se trataría pues de reclamar, en sentido preciso y riguroso, una más grande "generalización". Antes que una especialización más acentuada, la universidad podría hoy, al lado de las escuelas técnicas y especializadas, tener como misión principal, en sus primeros ciclos, la de contribuir a reducir el tipo de desigualdades contra el que se levanta la exigencia de democratización, a saber, las desigualdades culturales.

Por último Renaut coloca una pregunta que aparece como clave para el debate ¿No es, en este sentido, uno de los caminos para una mejor inserción de los saberes dentro de la época, este devenir-cultura de los saberes, del que, como subrayé al inicio, la universidad no puede desinteresarse por mucho tiempo?